



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
Sir John Huxtable Elliot

Discurso de aceptación

Valencia, 12 noviembre de 1998

Discurso de investidura, Universidad de Valencia

(12 de noviembre de 1998)

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector

Autoridades Representativas

Colegas, Alumnos, Señoras, Señores,

Me siento muy privilegiado por el honor que esta universidad me confiere hoy. La asociación entre Valencia y Oxford se remonta a muchos siglos. Hace más de cuatrocientos años en Oxford nos esmeramos para que uno de vuestros alumnos, Joan Lluís Vives, se sintiera acogido cuando accedió a su puesto docente en la universidad, pero, por razones que comprendo muy bien, parece que nunca perdió la nostalgia por su ciudad natal, ni pudo reconciliarse con 'el cielo demasiado húmedo y nuboso' del 'lugar pantanoso en exceso' en el que se encontraba. Pero anteriormente a eso, en 1441, un pequeño escándalo se organizó en Oxford cuando un natural de Valencia, Vicent Clement, fue nombrado doctor en teología por la universidad de una manera que se consideró sumamente irregular. En vez de pasar por los trámites habituales para la aprobación de su doctorado, éste le fue conferido a disgusto por la universidad bajo amenazas y presiones reales. Me temo que yo tampoco he ganado mi doctorado entre vosotros de la manera convencional, pero espero que no se me conozca, como lo fue Vicent Clement, por el apelativo de 'doctor insolens'.

Sea cual fuere el procedimiento por el que se me ha concedido este alto honor —y eso es algo sobre lo que no voy a indagar demasiado—, me siento conmovido por la decisión de la universidad de reconocer con la concesión de este título mis esfuerzos por comprender e interpretar la historia de España. Mi placer es aún mayor porque me pone en relación más estrecha con una universidad en cuyo departamento de historia Joan Reglà ocupó una cátedra desde 1959 a 1972. Conocí a Joan Reglà, junto con Jordi Nadal y Emili Giralt - ambos posteriormente miembros de la facultad de esta universidad - cuando empezaba mis investigaciones en Barcelona en 1953, y

entré a formar parte de un círculo de jóvenes historiadores en torno a Jaume Vicens Vives. Reglà era mayor que el resto de nosotros y fue para mí como un preceptor, siempre dispuesto a ofrecer sabio y generoso consejo. Compartía nuestro entusiasmo por la revolución historiográfica en la que Vicens estaba inmerso, pero moderado por la discreción y el *seny* que para mí personificaba el tradicional *pagès* catalán. Cuando conversaba con él sentía que comprendía mejor el mundo de la Cataluña rural que estaba estudiando en los archivos, y empezaba a percibir con mayor claridad los sólidos fundamentos en los que ese mundo se asentaba.

Reglà aportó a esta universidad no sólo las cualidades humanas que he mencionado, sino también un concepto de la historia y de cómo debe practicarse que hizo mucho para configurar el carácter de este Departamento de Historia; y es grato comprobar que su espíritu pervive en la Revista *Estudis*, de la que fue su fundador. Su larga asociación con Vicens le hizo darse cuenta de la importancia de la 'historia total', basada, según propias palabras de Reglà 'en la interacció dinàmica entre les "circumstàncies" i l'home.' Compartía además la determinación de Vicens por efectuar una 'actualització' tanto de contenido como de método en la escritura histórica española, tomando como modelo los logros de los grandes historiadores de la escuela de los Annales - Lucien Febvre y Marc Bloch, Fernand Braudel y Pierre Vilar. Pero si bien Reglà era un participante entusiasta en la gran cruzada de Vicens, nunca fue un imitador servil. Su espíritu de independencia personal era demasiado fuerte para eso.

En un homenaje que se publicó en 1970 en un número conmemorativo de la Revista *Presència* en el décimo aniversario de la muerte de Vicens, escribió algunas palabras que me parece dicen tanto de Reglà mismo como de Vicens: 'Jo sempre he considerat a en Jaume Vicens com a cap d'una escola dins la qual em sento integrat, ço que no vol pas dir que necessàriament hagi d'acceptar tots els seus punts de vista, de la mateixa manera que mai no he tractat d'imposar els meus als meus deixebles

directes. Es possible que tot això siguin cabòries motivades per una actitud liberal davant de la Història - i naturalment, de la vida - que per a mi (i aquest era també el cas d'en Vicens) no vol dir ni més ni menys que la necessària independència intel·lectual a l'hora de practicar l'ofici d'historiador. En aquest cas, naturalment, la satisfacció més legítima es constata quan veiem que els més joves van més enllà: que no volen ser uns epígons passius, sinó que obren nous camins i s'endinsen per terrenys que no havien estat conreats. Es una lliçó que vaig aprendre d'en Vicens i crec que és vàlida per a tots i per sempre.'

Cuando recientemente volví a dar con estas palabras, casi treinta años después de que fueran escritas, las leí con algo de emoción. Para mí evocaban vivamente la personalidad y la voz de Reglà, y al mismo tiempo me daba cuenta de lo mucho que tanto a él como a mí nos había marcado la experiencia de trabajar con Vicens. Aunque nuestras carreras hubieran discurrido de manera muy diferente, no cabe duda de que asimilamos, consciente e inconscientemente, muchas de las lecciones que Vicens nos enseñó, ya fuera por exhortación o con el ejemplo. Estuvimos muy influidos por lo que Reglà describía en 1960, en el año de su muerte, como 'la personalitat desbordant del Dr. Vicens' pero al mismo tiempo ambos reconocíamos que el mejor tributo que podíamos ofrecer a Vicens era el no ser 'uns epígons passius', sino establecer nuestras propias identidades como historiadores e intentar abrir esos 'nous camins' a los que Reglà se refería.

Eso era quizás mas fácil para mí que para él, puesto que inevitablemente yo como extranjero seguía siendo, pese a mis esfuerzos por asimilarme, todavía un extraño en la España de los cincuenta. Al fin y al cabo, me había formado en una tradición intelectual e histórica muy diferente, y podía permitirme una postura más distante en las batallas políticas e historiográficas en las que Vicens se hallaba involucrado. Pero lo que aprendí en Barcelona de Vicens y de sus discípulos, combinado con los métodos históricos y los enfoques en los que había sido iniciado

como estudiante en la universidad de Cambridge, fue decisivo en configurar mi idea de la historia y del modo en que debe escribirse. Puesto que hoy esta universidad me honra por mi trabajo de historiador, se me perdonará si aprovecho esta ocasión para decir unas palabras sobre mi concepto de la historia, y de cómo ha evolucionado en el transcurso de los años.

A finales de los años cuarenta, cuando empecé a estudiar historia en Cambridge, la historia que se escribía en Inglaterra tenía una marcada tendencia a la narrativa política, constitucional, y diplomática, con una fuerte inflexión biográfica. Pero también había una importante tradición de historia económica, especialmente en Cambridge, y en mis tres años de estudiante recibí lo que todavía considero una amplia educación histórica, que abarcaba tanto la historia continental como la británica, y que me introdujo a la historia económica y a la historia de las ideas políticas. Describiría el enfoque general al pasado de mis compatriotas como esencialmente pragmático. Había poca teorización acerca de la naturaleza de la historia, y debo admitir que, tanto por formación como por temperamento, siempre estuve más inclinado al estudio del pasado sobre la base de la evidencia que me era disponible, que a conceptualizar sobre lo que estaba haciendo y hacia dónde iba.

Si mi formación me infundió algo de pragmatismo histórico, también me abrió a nuevas ideas e influencias. La gran obra de Braudel sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II se publicó en el año que ingresé como estudiante en Cambridge, y los trabajos de la escuela de los Annales, con su gran énfasis en la historia económica y social, iban adquiriendo una influencia dominante en la historiografía europea de la época en que me embarqué en mis investigaciones sobre la historia de la España del siglo diecisiete. Los *Annales* tuvieron mucho menos impacto en Gran Bretaña que en la Europa continental, excepto entre historiadores marxistas, que en 1952 fundaron su propio y muy británico equivalente –*Past and Present*, una publicación con la que pronto iba a asociarme estrechamente. Naturalmente, como historiador de la Europa

continental leí y me sentí atraído por las obras de la escuela de los Annales, y mi entusiasmo se incrementó cuando llegué a Barcelona y entré en el círculo de Vicens Vives. Como Vicens Vives y sus discípulos yo también fui un convertido a la 'historia total'.

Al mismo tiempo, sin embargo, mis estudios y mi formación histórica, juntamente con la experiencia de trabajar dos años en los archivos españoles, me impedían aceptar totalmente la doctrina de la escuela de los Annales. En primer lugar, como no-Marxista, encontraba inaceptable el determinismo geográfico y económico que me parecía subyacía a gran parte de la obra de los historiadores de los Annales. A mí siempre me pareció y sigue pareciéndome que no le daban suficiente peso a la agencia humana. En particular, creía que cometían un serio error rechazando o ignorando la dimensión política del pasado; y mis convicciones sobre ello se fortalecieron con mi propia investigación histórica, mientras estudiaba el desarrollo del gran drama histórico que culminaría en la revolución de los catalanes de 1640. Pero aunque consideraba esencial reincorporar la política que los historiadores de los Annales habían dejado fuera, seguía creyendo que esta debía ser reintegrada a un contexto más amplio, que tenía que abarcar también la historia social, económica y cultural. En ese sentido seguía siendo, como sigo siéndolo hoy, un creyente en la historia total, pero la historia total a la que aspiraba no era tanto la de Braudel como la de Lucien Febvre, cuyo *Philippe II et la Franche-Comté*, publicada en la temprana fecha de 1912, se convirtió en algo parecido a un modelo para mí cuando me puse a escribir la historia de Cataluña durante la primera mitad del siglo diecisiete.

Más tarde, al estudiar en detalle la documentación en Simancas y Barcelona sobre las políticas del régimen de Olivares y las reacciones que provocaron en el Principado, volví a quedar poco satisfecho con el enfoque de los Annales, porque me parecía que se ignoraba la contingencia misma de los hechos. Creo que un historiador debe estar siempre alerta al papel del azar —el retraso en la llegada de una carta, la

mala interpretación de unas instrucciones, la muerte inesperada de una figura influyente— en cualquier intento de descubrir porqué ocurrieron las cosas de la manera en que lo hicieron. Esos asuntos no son necesariamente susceptibles a un análisis atento, pero ningún historiador puede permitirse dejarlas fuera del relato. Los hechos, a mi entender, son demasiado diversos, y a menudo demasiado importantes, para ser automáticamente considerados, como lo hizo Braudel, como mero reflejo superficial de estructuras subyacentes.

Cuando los historiadores examinen las grandes transformaciones ocurridas en Europa en 1989-90, por ejemplo, tendrán que considerar no sólo los factores económicos y sociales en juego, sino también el papel de individuos clave, empezando por el presidente Gorbachov, y el devenir mismo de los acontecimientos, a medida que un país sucedía al otro en el derrocamiento de regímenes opresivos. El orden mismo en el que se desarrollan los hechos es esencial para una comprensión completa de la historia. Es por esta razón creo yo por la que no podemos abandonar la narrativa histórica. En consonancia con mi formación, desde un principio creí que la narrativa debía ser parte integral de la empresa histórica —que era la tarea del historiador el examinar y explicar el acontecer en el tiempo, y que esto sólo podía hacerse observando detenidamente la secuencia de los hechos. Es por ello que en mi estudio sobre los orígenes de la revolución catalana utilicé la forma narrada, y tuvo gracia encontrar que unos veinte años después, mis colegas, tras largos años de dominio de los Annales, empezaban a hablar del 'retorno a la narrativa'. En mi caso, yo no la había abandonado nunca. Pero en la narrativa histórica que he tratado de escribir durante el transcurso de mi carrera siempre he buscado incorporar el análisis sin el cual la exposición de los hechos queda reducido a poco más que a una relación sin sentido.

Combinar la narración y el análisis sin modificar el flujo de la narrativa o la secuencia cronológica de los hechos es, en mi opinión, el desafío más arduo al que se

enfrenta el historiador, y soy muy consciente de cuán a menudo he fracasado en la prueba. Pero sigo convencido de que éste debe ser el ideal al que los historiadores deben aspirar, especialmente si quieren que se lean sus obras. De nuevo quizás a causa del ambiente histórico en el que me eduqué, tuve muy presente desde el principio la importancia de estilo literario. El Master de mi College en Cambridge durante mis días de estudiante fue G.M. Trevelyan, que tenía un don para hacer la historia accesible a un amplio público lector. Trevelyan figura en una larga serie de estilistas literarios entre los historiadores británicos que se remonta a Macaulay y a Gibbon. Era muy consciente de esta tradición literaria, pero su importancia se me hizo patente por la misma naturaleza de la empresa en la que estaba ocupado. Como historiador de España no podía esperar muchos lectores para mis obras en mi propio país a menos que presentara mis hallazgos de una manera accesible. Por consiguiente dediqué una gran cantidad de tiempo a la presentación de mi material de forma que pudiera hacerlo tanto interesante como comprensible para un público que tenía escasa o nula noción de la historia de España, y ninguna motivación para informarse más. En mi libro *La España Imperial* que fue escrito para un público inglés y norteamericano, y no español, me di cuenta que el mejor modo de atraer el interés de mis lectores era darles un sentido del desarrollo de la historia, y eso sólo podía hacerse si utilizaba mis dotes literarias para engarzar la narrativa y suavizar la transición de un tema al otro.

El hecho de estar escribiendo para un público no hispano-parlante me hizo muy consciente de la necesidad de relacionar la historia de España a la de otros países con los que mis lectores podían estar más familiarizados. Pero, en cualquier caso, mi formación me hacía enfocar la historia de España desde una perspectiva europea y británica, lo que naturalmente me empujaba a buscar similitudes, y también diferencias, entre la experiencia histórica de la península Ibérica y la de otros estados y sociedades de Europa. Fui afortunado en lo propicio del momento, puesto que el campo de la historia española entraba en una fase en la que varios historiadores

españoles – Antonio Domínguez Ortiz, José Antonio Maravall y Vicens mismo – buscaban liberarse del aislamiento dominante en la escritura histórica española, y cuestionaban la interpretación excepcionalista de la historia de España.

España, me daba cuenta, podía ser diferente, pero no tan diferente como la historiografía oficial del periodo pretendía. La formación y la caída de los imperios, o las relaciones entre el centro y la periferia –dos temas que tomé como principios estructurales en mi *España imperial*– plantean grandes problemas históricos que trascienden fronteras nacionales, y necesitan ser examinados desde una perspectiva universal más que local. Siempre he creído firmemente que la tarea del historiador es contestar a grandes problemas como estos. Por esta razón me siento cada vez más preocupado por algunas de las tendencias contemporáneas de la escritura histórica en mi propio país, en los Estados Unidos, o en España misma. La historiografía marxista y neo-marxista, con todos sus fallos, por lo menos se ocupaba de grandes temas. Cuando se desmoronó, el vacío se llenó con diversos entusiasmos –por la microhistoria, por la historia de las *mentalités*, y por una forma bastante limitada de historia política– que a mi parecer amenazan con atomizar el pasado.

A menos que la microhistoria sea utilizada para iluminar un tema más amplio, se reduce a poco más que a una pieza de voyeurismo histórico sobre un pequeño fragmento del pasado. Siempre he considerado que mi primer deber como historiador es el de no fragmentar sino conectar y creo que es todavía más necesario en un momento en el que las viejas estructuras políticas se están disolviendo o perdiendo fuerza, y unas nuevas están apareciendo. Las historias de Valencia o de Cataluña, por ejemplo, no pueden estudiarse de manera efectiva aisladamente sino que deben relacionarse, como bien apreciaba Joan Reglà, con las comunidades más amplias con las que estaban asociadas - en primer lugar con la Corona de Aragón, luego con España que emergió de la unión de las coronas, y finalmente con Europa de la que formaban parte integral. Deben ser estudiadas, también, por los problemas que

plantean. Por ejemplo, ¿qué hubo de exclusivo en su experiencia histórica, y qué tenían en común con otras partes de la península Ibérica, o del continente?

Estas son cuestiones que piden un enfoque comparativo, y en años recientes me he convencido cada vez más de la necesidad de que los historiadores piensen comparativamente. Marc Bloch pedía a sus colegas que escribieran historia comparativa usando las experiencias históricas de una sociedad para iluminar las de otra. Empecé a valorar las posibilidades de la historia comparativa cuando estudiaba la carrera del Conde-Duque de Olivares. Sin duda el prestigio de la biografía política en mi propio país influyó para que me animara a embarcarme en un estudio exhaustivo de esa figura tan compleja. No obstante, un examen sostenido de las ideas y actividades del Conde-Duque me parecía que ofrecía un punto de entrada útil en lo que veía como algunos de los problemas centrales en la historia del siglo XVII español —los problemas interrelacionados de la decadencia económica, la pérdida de preeminencia internacional, y el florecimiento de la vida cultural y artística en una sociedad asolada por conflictos políticos, sociales y económicos.

Pero al examinar en detalle la carrera política del Conde-Duque y los problemas que se le planteaban, me fui dando cuenta de que su gran rival, el Cardenal Richelieu, se enfrentaba a un número de problemas parecidos, algunos de los cuales intentó solucionar de manera muy similar. Puesto que ambos hombres partían de una herencia cultural común, el hecho no era del todo sorprendente, pero me hizo comprender una vez más que la figura del Conde-Duque, como la de España sobre cuyas fortunas presidía, no podía ser tratada de una manera aislada del contexto europeo más amplio. En mi breve obra, *Richelieu and Olivares*, por consiguiente, intenté una comparación sistemática de ambos estadistas, con la esperanza y la creencia de que las actitudes y actividades de uno iluminarían las del otro.

Como descubrí, la historia comparativa es sumamente difícil de escribir, pero creo que es una manera, y una manera importante, de romper con el localismo que es

la tentación de todo historiador, que naturalmente prefiere dedicarse a estudiar sociedades que conoce bien antes que penetrar en territorio que no le es familiar. Es por esta razón por la que me ocupo actualmente de una historia comparada mucho más ambiciosa, en esta ocasión de las colonizaciones británica y española de América. Confío que tal estudio ayude al menos a identificar interesantes cuestiones históricas sobre los asentamientos británico y español en las Américas que no serían necesariamente aparentes si mi estudio estuviera confinado a una sociedad colonial y no a dos ¿Porqué, por ejemplo, hubo un Las Casas español y no uno británico?

Así pues, la historia comparativa guarda, en mi opinión, posibilidades apasionantes, aunque al final pueda resultar menos gratificante de lo que parece a primera vista. Pero es sólo un enfoque entre los muchos que pueden iluminar el pasado. Una vez más vuelvo al empeño de Joan Reglà, siguiendo a Vicens, de que cada generación de historiadores debe abrir 'nous camins'. No hay un camino único que nos lleve al pasado, y en el transcurso de mi propia carrera he tenido el placer de probar un buen número de ellos por mi mismo, con diverso éxito. Como siempre, el reto es mantener una mentalidad abierta y no dejarse constreñir por esas barreras artificiales dentro y entre las disciplinas que fueron introducidas por razones de conveniencia y se han convertido en obstáculos para el progreso. Para realizar todo su potencial, el historiador necesita echar mano de todos los recursos culturales a su disposición, y utilizarlos para comprender e interpretar el presente así como el pasado.

Esto quizás nunca fue tan importante como lo es ahora. La fluidez del presente transfiere una nueva fluidez al pasado cuando intentamos reinterpretarlo a la luz de nuestras preocupaciones actuales. De repente nos damos cuenta por ejemplo de que no hay únicamente una historia de España, sino muchas, y cada una tiene una validez propia. Es una experiencia liberadora pero también desconcertante porque plantea enormes problemas de identidad colectiva. Al aportar todo su saber histórico y su comprensión de los grandes problemas actuales, la mas grande contribución que los

historiadores pueden hacer a los debates actuales es dismantelar los vulgares estereotipos que todavía dominan la imagen popular del pasado, y mostrar cómo por su misma riqueza y complejidad desafía categorizaciones rígidas. Una sociedad pluralista depende para su supervivencia de una capacidad para ver más que una sola faceta de una cuestión, de una apertura a nueva evidencia, de una voluntad de entablar un diálogo reposado y constructivo. Estas son las cualidades que idealmente la investigación histórica debería fomentar, y son cualidades ejemplificadas por un muy distinguido y reciente alumno de esta universidad, Francisco Tomás y Valiente, cuya muerte seguimos lamentando.

Este es pues mi credo como historiador: esforzarse en comprender, en conectar, y en comparar. No contiene nada que no haya sido repetido mil veces antes. Pero he intentado permanecer fiel a ello durante el transcurso de mi vida como historiador profesional y estoy profundamente agradecido a esta universidad por su generoso reconocimiento de lo que he tratado de conseguir.